

CONTESTACIÓN
de
DON LUIS CORREA

Señores Académicos:

Ningún encargo más grato hubierais podido encomendarme que el de dar la bienvenida al compañero que vais a consagrar. Cultivo estrechas relaciones de amistad con el señor Sucre desde hace algunos años. Tengo por él la admiración que impone la virtud recogida y el mérito sin alardes. Heredero de un nombre cuya sola enunciación comporta obligaciones eminentes, supo dar a la juventud lo que a ésta pertenece a la hora de las ilusiones y la fortuna. Llegado a la edad madura consagró sus cuidados a la familia: y ya al entrar en el otoño o por lo menos a la linde en que se aquietan las pasiones, lo poseyó por entero el estudio de una rama de la historia que hoy alcanza singular predilección. Me refiero a la genealogía de nuestras familias ilustres, a la investigación de los orígenes remotos de los grandes servidores de la patria venezolana.

Él fue quien descubrió, merced a la finura y certeza de su juicio, un lejano entronque de familia entre el Libertador y el Mariscal. *Unidos por el linaje y por la gloria*, quizás para la explicación de aquel afecto clásico, como escapado de las páginas de la *Ilíada*, que fundiera las almas de Sucre y de Bolívar, convendría mirar en aquel hallazgo el germen de una luminosa anunciación.

Sustituye el señor Sucre al doctor Manuel Díaz Rodríguez, cuyo elogio ha excusado en breve circunloquio, hijo de su timidez y su modestia. Al ocupar el puesto de aquel insigne artífice de las letras, el señor Sucre invoca el oscuro destino del jornalero en las suntuosas catedrales de la Edad Media. Pero, sorpresas del destino o arreglo de las normas de la vida en el profundo seno del Creador, la elección del señor Sucre para sentarse en el sitial de Díaz Rodríguez sugiere una explicación simpática en el culto que tuvo el uno, en el que el otro mantiene por la ciudad de su nacimiento. El amor a Caracas condujo a Díaz Rodríguez hasta Bolívar y por Bolívar al corazón encendido de la América; el amor a Caracas ha hecho de Luis Alberto Sucre un paciente escudriñador de sus anales en crónicas inéditas que saben a los frutos del valle de San Francisco. En *Ídolos Rotos, en Sangre Patricia*, en *Peregrina* o *El Pozo Encantado*, el paisaje de Caracas con el Ávila al fondo anima el relato con pinceladas vibrantes y coloridas, como de un pintor de la escuela veneciana. Caracas, ebria de sol y de cigarras, se entrega a la siesta del trópico y mira pasar en sueños la gran figura alada del Libertador.

Con otras aptitudes temperamentales, Luis Alberto Sucre ama en Caracas la faz grave de mujer, capaz, como Helena, de llevar en su vientre los gérmenes de una humana renovación. Ama la Caracas matriarcal que desde su fundación fue refugio de caminantes atraídos por la libertad y por la gloria. De ese amor ha nacido el tema del discurso de incorporación que acabáis de escuchar. Tema vasto y complejo desarrollado con arte y llevado hasta el final con la serenidad que place a los númenes de la historia.

Señores:

Nos traza el señor Sucre en su trabajo sobre el Municipio en la elaboración del sentimiento de nacionalidad, un cuadro tan completo como lo permite la ocasión en que nos hallamos. La idea municipal nació al pie de las duras torres feudales, de la constante

aspiración de la humanidad hacia una mejor comprensión de justicia. Surgida al mismo tiempo en los pueblos cristianos de la Europa, toma formas y orientaciones distintas según la índole particular de cada pueblo. En España, donde los Fueros habían creado junto con la guerra una sociedad igualitaria, el Municipio tuvo que ser desde su nacimiento el amparo contra la rapacidad de los señores y el baluarte contra los privilegios amenazados. Y cuando caído junto a la cabeza ensangrentada de Juan de Padilla, toma el rumbo de las Carabelas, en la América de los Conquistadores encontrará su afianzamiento y su desquite. Coincidió este momento culminante de la historia de España con la época de su mayor poderío bajo la dominación de los Carlos y Felipes. Aguijados por un nuevo concepto de la vida, segundones y capitanes, hidalgos pobres y orgullosos, valientes aventureros se lanzaron por la ruta procelosa de las Indias. Y mientras la España de los Reyes Católicos sucumbía bajo la férula cesárea, los Conquistadores llevaban a la América sus tradiciones políticas, cuya continuación salvarían sus descendientes. En esfuerzo inaudito el español convertía así en fábrica de futuras transformaciones sociales y en hogar de la civilización greco-romana a los asombrados dominios aborígenes.

En la larga lista de hechos que para apoyo de su tesis nos presenta el nuevo académico, advertimos la continuidad de una doctrina. El Municipio caraqueño al tener conciencia de su fuerza se rebela contra pretensiones absurdas, solicita apoyos y preeminencias, se arma contra los piratas, alega derechos, encarcela gobernadores, se ofrece a la actividad y a la ambición de los nativos, prepara, en una palabra, los días memorables del 19 de abril y del 5 de julio. En su seno adquieren la certidumbre de su valer los hombres más notables de la Colonia; y si en sus procedimientos no siempre anduvieron acordes el interés de las clases bajas y las aspiraciones del Mantuanismo, por ley de la vida ellos se fundirán y buscarán su equilibrio cuando se sientan amenazados de muerte por los errores de una Corte envilecida y la invasión de un afortunado Condotiero. La Independencia no será entonces sino un incidente inevitable de la pujanza y crecimiento del Municipio, que vuelve por sus *fueros* y sus *justicias*; y el alma aventurera, tenaz y endurecida de los Conquistadores, reencarna en las huestes capitaneadas por Bolívar. El heroísmo de Gonzalo de Córdoba, que trasplantado a la América produjo los Corteses y Pizarros, con vigoroso renuevo prospera en los ramajes del árbol secular y produce en Bolívar la más acentuada personificación del genio de su raza.

Lo fue porque en su sangre, como nos lo dice el señor Sucre, tenían representación todos los Ayuntamientos de Caracas en la ilustre serie de sus antepasados; lo fue porque los muertos mandan y el Conquistador y el Colonizador o Constructor le daban el carácter hispánico de la gesta de hierro a sus acciones; lo fue por su ideología republicana y democrática, en cuyo triunfo cifró la salvación de nuestra América y el florecimiento de la España integral que Rubén Darío saludaba con voces optimistas :

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

¡Sentaos, señor, en el sitio que habéis conquistado con vuestros merecimientos!